



YO,  
JUDAS  
ISCARIOTE

LUIS TOMÁS OVIEDO

---

“YO, JUDAS ISCARIOTE”

Luis Tomás Oviedo

---

## CAPÍTULO PRIMERO

---

Yo, Judas Iscariote –hijo de Simón Iscariote y de Ciborea, padres que comparto con mis hermanos Tsour, Tsvi, Nahoum, Tal, Lazar, Asher y Ezra. Nací en Judea, el quinto día del mes de Iyar del año 749 de Roma, en el pequeño pueblo de Kariot, que en mi idioma significa simplemente “aldea”. Estoy casado con Rahamim, virtuosa mujer que me ha regalado el tesoro de tres hijos: Baraq, Naim y Ben Judas.

Me apresuro a dejar escrito lo que pienso y opino acerca de los acontecimientos extraordinarios que hemos presenciado –como testigos de excepción– mis compañeros y yo, pues incidentes recientes me llevan a temer que la verdad de los hechos –especialmente mi participación en ellos– pueda ser torcida, por razones espurias o por simple desconocimiento, en detalle, de los mismos.

No voy a escribir grandilocuente, pues no creo que estos párrafos me sobrevivan por mucho tiempo, prefiero que mis palabras fluyan libremente, como un manantial, que es la forma como fluye la verdad.

En el principio fue el verbo y el verbo estaba con Dios, pero *no era* Dios. Sin embargo, creo firmemente que el verbo encarnado –el cordero– es el único camino a Dios, en otras palabras, es el Mesías.

Sé que me costará hacer entender mis palabras, pero confío que al final de estas líneas todo quede claro.

Mi niñez transcurrió en Kariot, en compañía de mis hermanos y amigos cercanos. No teníamos estrechez económica, pues mi padre era comerciante y suplía sin excesos las necesidades familiares.

Por motivo de su trabajo, mi familia se vio en la necesidad de trasladarse a Nazareth, cuando apenas tenía yo diez años. En las diligencias de establecernos allí mi padre gestionó la fabricación de algunos muebles para nuestra casa y siguiendo las referencias de algunos vecinos del lugar llegó al taller de José, un carpintero oriundo de la ciudad de Belén, en el territorio de Judea, de donde proveníamos.

Esa mañana acompañé a mi padre a visitar al carpintero que fabricaría los muebles que necesitábamos y mientras él negociaba con el ebanista, me quedé observando a un niño como de mi edad que pasaba la lija con esmero a un listón de madera. Cuando notó que lo observaba dejó de hacer su trabajo y me preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Judas de Kariot –le dije yo,

–Ah... Judas, como mi hermano, ¿eres de Judea?

–Sí, de allí venimos mi familia y yo.

Por la forma en que me miraba y me preguntaba, parecía tener más edad que los nueve o diez años que yo le calculaba. No sé por qué, me molestaba la seguridad con que se desenvolvía.

–Yo me llamo Jesús de Belén. Mi padre también es de Judea, aunque mi madre es de aquí, de Nazareth ¿Vas a quedarte a vivir en Nazareth? –dijo mientras suavizaba su mirada.

–No sé, todo depende de lo que decida mi papá, creo que aquí en Nazareth tiene más oportunidades de negocios, según le decía anoche a mi mamá.

–Si te quedas aquí podríamos ser amigos, yo solo trabajo en el taller de papá por las mañanas, así es que por las tardes podríamos jugar.

Dijo eso y en sus ojos parecía haber una súplica, un deseo de que nos quedáramos mi familia y yo para siempre en

Nazareth.

–Sí, –le dije– podríamos ser amigos...

Mi padre había terminado su ronda de negociación con José, el carpintero, justo cuando terminaba también mi diálogo con Jesús. Al propio tiempo entraba una señora joven con un pequeño niño a horcajadas en su cadera. El carpintero se la presentó a mi padre, era su esposa y se llamaba María, el niño era Santiago. Luego de despedirnos salimos de la carpintería.

Ese fue mi primer contacto con Jesús, quien se haría llamar luego “el Nazareno”, para que se cumpliera la profecía. Nunca olvidaré ese encuentro –que debió haber ocurrido allá por el año de 759– del cual lo que más me impresionó fue su mirada, que parecía penetrar como un clavo ardiente en las entrañas. Miraba con unos ojos tranquilos, calientes y fríos a la vez, quizás hasta tristes.

Aquella no fue la única vez que vi a Jesús en esa época, pues cada vez que mi padre fue a la carpintería a averiguar por sus muebles me las arreglé para acompañarle. Hablaba con Jesús de cosas pueriles, de niños, de los rústicos juguetes de madera que el mismo fabricaba con sus manos y me los mostraba. Luego fuimos tomándonos confianza y me habló de cómo, poco después de nacido, sus padres se habían ido a vivir a Egipto, de donde regresaron cerca de dos años después, coincidiendo con la muerte del rey Herodes.

Por fortuna, conseguimos una casa cercana al taller de José, y ya no tuve que esperar que mi padre fuera a indagar por su pedido para llegar por allí. Todas las tardes iba a conversar con Jesús y a jugar con sus juguetes de madera; caballos, carretas, jinetes y soldados, muchos de los cuales solo podían ser identificados con la ayuda de la febril imaginación de aquel niño.

Una tarde en que me dilaté más de lo usual en el taller, María, la madre de Jesús me preguntó si no deseaba cenar

con ellos. Al principio no supe que contestarle, pensando que mis padres se enfadarían por quedarme a cenar en una casa extraña, pero luego pensé que, tratándose de judíos como nosotros, no les molestaría y acepté.

Entré a la parte de la casa que servía de vivienda familiar y conocí entonces a los hermanos de Jesús, que en ese momento eran José, Simón, Judas, Ruth, Raquel y el pequeño Santiago, Jesús era el primogénito. Me senté en la mesa y parecía que me había tragado la lengua, pues a pesar de que todos conversaban animadamente, yo apenas abría la boca para morder un pedazo de pan. No podía separar mis ojos del rostro de María quien, contrario a la usanza judía, se sentaba a comer a la mesa junto a su esposo y sus hijos. Había una dulzura inexplicable en esa mujer cuya vida no podía haber sido fácil, tras dar a luz y estar criando siete hijos, todos nacidos con muy poca diferencia de tiempo entre sí. Definitivamente, su rostro era luminoso. Su marido José, se dirigía a ella con respeto, se diría que casi con devoción. Mi atención estuvo tan concentrada en estudiar a los integrantes de aquella familia, que hoy, más de veinte años después, no recuerdo de que hablé ni qué cené.

Desde entonces visité la casa de Jesús con asiduidad, al punto que tanto María como José llegaron a tener la impresión –o quizás la esperanza– de que estaba interesado en alguna de sus hijas. Nunca entendieron que Ruth y Raquel eran para mí como mis hermanas Tsvi, Tal, Asher o Ezra y que no tenía distinción entre ellas, tanto las quería y cuidaba.

Mi verdadero interés estaba en ese joven tan raro, tan atractivo, tan cautivante, con esa madurez prematura que se evidenciaba hasta en la forma de jugar, de plantear las ideas más sencillas y de decirme que estaba seguro de que había nacido para cumplir una misión, que tarde o temprano se le revelaría. Yo le creí –no tenía que esforzarse para que le creyeran cualquier cosa que decía–, le creí a tal punto que le hice prometerme que, una vez su misión le

fuera revelada me la haría conocer, para yo compartirla con él.

La verdad es que en ese tiempo Jesús me hablaba más a mí de él que yo a él de mí. En realidad el de los sueños era él, yo solo lo escuchaba y trataba de colarme en ellos, esos sueños que le encendían aún más –si es que era posible– la mirada.

Jesús tomaba muy en serio lo que me decía. Entre las cosas más curiosas que le escuché decir estaba el que no podía imaginarse a sí mismo viejo, anciano y que eso le hacía pensar que moriría joven. Yo trataba de alejar esos pensamientos de su cabeza, diciéndole que los dos llegaríamos a viejos y que tendríamos cientos de hijos, nietos y biznietos, como Abraham. El se reía de mis ocurrencias, sin que sus ojos pudieran abandonar esa expresión de rara tristeza que siempre tuvieron.

Una mañana estábamos charlando, ambos teníamos puestas nuestras mejores ropas, pues nuestras familias se disponían a viajar a Jerusalén, con motivo de la fiesta de Pascua, a llevar al templo las ofrendas que estipulaba la Ley.

–¿Has estado alguna vez en Jerusalén? –me preguntó.

–Sí, la primera vez fue cuando mis padres, como primogénito, me llevaron a presentar ante el templo, luego he ido todos los años, a excepción de uno en que estuve muy enfermo y mi madre se quedó en Kariot cuidándome.

–A mi me fascina oír a los sacerdotes hablando de las Escrituras, de Moisés, de Isaías; cuando estoy oyéndolos el tiempo pasa sin que me dé cuenta.

En ese diálogo estábamos cuando nuestros padres dieron la orden de partir.

La ruta de Nazareth a Jerusalén se cubre en unas cinco jornadas de camino, a lomo de burro. Ese trayecto lo hicimos comentando de las ofrendas que llevaba al templo cada

una de las familias que nos acompañaban y hablando de mil cosas más, a veces nos adelantábamos para perseguir lagartijas. Pernoctábamos en tiendas de caravasares que había en el trayecto. Al amanecer del día en que llegaríamos a nuestro destino, divisamos a lo lejos las murallas de la vieja Jerusalén. Cruzamos sus puertas cerca del mediodía, por el camino de Cesárea.

La ciudad era un verdadero torbellino de voces y gritos de mercaderes y personas de todas partes, que año a año coincidían en ese peregrinaje al templo, durante las fiestas en que se come pan sin levadura. No había forma de caminar sin tropezar con alguien. Cuando nuestros padres encontraron alojamiento, Jesús y yo nos fuimos a caminar por las calles de la ciudad santa, pasamos frente al pórtico principal del templo, ese que queda opuesto al pórtico de Salomón y deambulamos por la calle herodiana. Al llegar al hipódromo nos detuvimos un rato a ver las carreras de caballos, pero era tanto el gentío y tan corta nuestra estatura, que decidimos renunciar a nuestro empeño de ver las dichas carreras y seguimos caminando hasta llegar al estanque de Siloé, desde donde nos devolvimos. Ya la tarde empezaba a caer y la luz amarillo rojiza del sol que se ponía daba un aspecto mágico a aquellas piedras centenarias. Temerosos de que nuestros padres se preocuparan o peor aún, se enfurecieran con nosotros, nos dirigimos presurosos a la posada en donde nos habíamos alojado.

A la mañana siguiente, que era día de reposo, nos dirigimos con nuestros padres hacia el templo a llevar nuestras ofrendas. José y María llevaban dos tórtolas, mientras mis padres llevaban un cabrito de no más de dos meses de nacido. Solo en ese momento hice conciencia de las diferencias económicas que existían entre nuestras familias. Jesús parecía no dar importancia alguna a esto.

Ya en el templo entregamos nuestras ofrendas y nos pusimos a orar. Noté que Jesús no se postraba como todos nosotros, en la actitud tradicional de oración, sino que se

quedaba mirando fijamente al altar, como ido, gesto que le valió una suave amonestación de parte de su padre José.

Luego regresamos a la posada.

Al otro día nos levantamos dispuestos a emprender el regreso a Nazareth. Mientras nuestros padres recogían nuestras pertenencias en la posada, Jesús me dijo:

–Vamos de nuevo al templo, todavía nos queda un poco de tiempo. –Y yo lo seguí.

Era el primer día de la semana y en el lugar sagrado había algunos doctores de la Ley conversando, nos acercamos a ellos y nos quedamos escuchándolos. Al poco rato, Jesús estaba preguntándoles cosas de las Escrituras y dándoles su opinión acerca de ellas, yo lo escuchaba abobado. Los doctores de la Ley le prestaban cada vez más atención, admirados y sorprendidos de que un niño tan pequeño fuera tan perspicaz y tuviera tanto ingenio para preguntar y argumentar como lo hacía. El asombro no era para menos: Jesús y yo teníamos en ese entonces solo doce años.

Cuando recuperamos la noción del tiempo ya se había hecho tarde. Salimos corriendo del templo hacia la posada, solo para encontrar que las decenas de personas que se habían alojado allí, se habían ido, incluyendo nuestros padres. Al darme cuenta de esto me quise volver loco, pensando en el castigo que me esperaba y quise descargar mi ira con Jesús, responsable de aquella tragedia en mi vida. Le grité con todas mis fuerzas todos los improperios que llevaba aprendidos a la fecha, pero él me miraba con esa calma y esa paz que tanto me desconcertaban y me dijo:

–Tranquilízate, ya regresarán por nosotros cuando noten nuestra falta.

–¿Y mientras, qué hacemos? ¿Con qué dinero vamos a pagar la posada? ¿Vamos a dormir a la intemperie? –le gritaba imaginándome durmiendo bajo un alero, empapado en la llovizna de Iyar.

–Nada de eso, –me dijo– vamos a regresar al templo y allí permaneceremos hasta que regresen nuestros padres.

Y como si no estuviera pasando nada –en realidad para él no estaba pasando nada– regresamos al templo y el siguió escuchando y preguntando a los doctores de la Ley sobre lo que entendía o creía entender de las Sagradas Escrituras. Al anochecer les dijo a los doctores que no teníamos donde dormir, que si podíamos pasar la noche en algún rincón y los doctores dijeron que sí. Así estuvimos dos noches, comiendo las migajas que la conmiseración de los sacerdotes hacía caer a nuestro lado. Al tercer día, se aparecieron nuestros padres en el templo con la angustia reflejada en el rostro, encontraron a Jesús discutiendo (ya discutía) con los doctores de la Ley y a mí alelado, escuchándolo. Yo había ensayado en mi mente un discurso de defensa para salvar mi pellejo cuando llegara ese momento, pero no fue necesario, cuando Jesús vio a su padre y al mío les dijo:

–Este no tiene culpa de nada, yo lo obligué a quedarse acompañándome...

Lo dijo mirando a su padre a los ojos. José simplemente lo abrazó y los cuatro emprendimos, en silencio, el camino de regreso a Nazareth.

Jesús y yo éramos inseparables. Teníamos los mismos gustos y empleábamos el tiempo hablando y soñando de cuando fuéramos mayores. En eso pasó nuestra adolescencia.

Desde aquél episodio del templo Jesús no fue el mismo. A mitad de cualquier juego, se quedaba absorto, con la mirada perdida en un punto inexistente. Yo lo zarandeaba y solo entonces retomaba el hilo de lo que estuviéramos haciendo. En una de esas ocasiones en que lo traje de vuelta a la realidad de nuestro juego, me miró a los ojos y me dijo:

–Voy a ser rabino.

–¿Cómo? –le dije yo entendiendo pero deseando no entender lo que me decía.

–Que voy a ser rabino. Voy a enseñar la ley, pero a mi manera.

Quizás, realmente, en ese momento, no lo entendí. Tendrían que pasar varios años para que sus palabras adquirieran el sentido que hoy tienen en mi mente.

Un día llegué a casa de Jesús y su madre, María me recibió con los ojos llorosos. Cuando pregunté qué pasaba, me enteré que su esposo José estaba muy grave.

Alrededor del lecho estaban los hijos, callados, apenas se les sentía gemir. José estaba allí, acostado, con un aire de paz en su rostro, como dormido. Yo no pude evitar que un peso muy grande me oprimiera el pecho, llegándome a la garganta.

Esa noche murió José, el padre de Jesús, el carpintero que había dicho una vez a mi padre que descendía directamente de David. Mi padre nunca le creyó, sin embargo, compró para él el terreno en donde lo sepultaríamos, para que fuera enterrado con la dignidad de un rey.

En la mañana caminé junto a Jesús mientras nos dirigíamos a sepultar a José. Jesús iba callado y yo sabía que debía respetar su dolor, evidenciado por un silencio pesado y una que otra lágrima en sus mejillas. Si a mi juicio la conversación con los doctores de la Ley en el templo lo había cambiado, la muerte de su padre lo había convertido definitivamente en un hombre. Jesús recién había cumplido diez y ocho años.

Después del entierro nos sentamos uno junto al otro, sobre una peña, en silencio, mirando a lo lejos el monte Tabor, que se dibujaba en forma difusa, como una imprecisa masa azul en el horizonte.

Pasaron varios días sin que lo volviera a ver, pues a pesar de nuestra profunda amistad, no me sentía con derecho a

perturbar su duelo. Una tarde me decidí y fui a visitarle. Estaba en el taller, lustrando una silla que lucía haber sido hecha con dedicación y noté que le hablaba con dulzura mientras hacía correr la lija por su superficie, se percató de mi presencia y me sonrió.

–¡Vaya! Reapareció el desaparecido... –me dijo.

Yo me sonrojé de la vergüenza, quizás había faltado a un deber de amistad ausentándome equivocadamente por tanto tiempo.

–No estaba desaparecido... pensé que preferirías estar solo.

–¡Ay, Judas! Si supieras lo que es estar solo... es como morir un poco. ¿Cómo has estado? ¿Cómo están tus padres y tus hermanos?

“Era yo quien debía preguntar por María y los muchachos”, pensé mientras le contestaba que estaban bien. El siguió su trabajo mientras hablábamos de temas sin trascendencia, hasta que de pronto se detuvo y me miró a los ojos, con una mirada que me heló la sangre. Me dijo:

–Judas, necesito un gran favor de ti, el más grande favor que hayas hecho y el mayor que yo haya pedido a nadie...

Pídeme lo que sea –le dije– si está en mis manos seguro te complaceré.

–Debo irme de Nazareth. Tengo que fortalecer mi mente y mi espíritu para poder cumplir con la responsabilidad que tengo sobre mis hombros; voy a unirme a la comunidad de los esenios, allí me disciplinaré y regresaré a enderezar algunas cosas que creo andan torcidas. Mis hermanos todavía están muy jóvenes y mi madre sola no puede llevarlos adelante, el favor que te pido es que cuides de ellos mientras dure mi ausencia. Lo que hagas por ellos, por mí lo habrás hecho.

Una vez más el nudo en mi garganta me impidió responder como quería, solo atiné a decir un “Cuenta conmigo”, que

realmente no sé si lo dije o solo lo pensé, pero la luz de alegría que iluminó su rostro me convenció de que, de cualquier forma, él lo había oído.

–¿No me habías dicho que querías ser rabino? –le dije.

–De eso se trata, solo que siguiendo el camino de los doctores de la Ley no seré más que uno de ellos y no es eso lo que deseo. Voy a predicar la ley, si, pero para la salvación de aquellos a quienes nunca se les ha dado la oportunidad de salvarse. Voy a denunciar la complicidad del sanedrín con los romanos. Voy a hacer que los sordos oigan y los ciegos vean, a liberarlos de las sombras y el silencio... – mientras decía esto, sus ojos parecían lanzar llamas.

Cuenta conmigo –le dije, ahora lo suficientemente alto como para que lo oyeran mis propios oídos– estaré contigo en todo momento y te juro por el profeta Elías que mientras estén a mi cargo a tu madre y a tus hermanos no les faltará nada.

Esa tarde me despedí con un abrazo fuerte de aquel joven que, contrario a mí, tenía bien claro qué hacer con su vida. En ese momento no sabía que pasarían cerca de doce años antes de que pudiera abrazarlo otra vez.

Cuando llegué a casa pregunté a mi padre por la comunidad de los esenios. El viejo Simón me dijo que era una comunidad cerrada, misteriosa, que vivía a orillas del Mar Muerto, conocidos por su extrema pobreza, su humildad, su disciplina y su amor al prójimo. Me contó también que cuando el invasor romano ocupó el país fueron sometidos a los más terribles suplicios sin que se les viera derramar una lágrima y sus últimas palabras eran de perdón para sus verdugos. Su explicación me permitió atar cabos y comprender cuál era el camino que había emprendido mi amigo.

Más de un año después del episodio de la despedida, un comerciante amigo de mi padre se detuvo en mi casa y dejó una carta para mí. Era de Jesús. En ella, si mi mente no me es infiel, decía:

*Hermano Judas:*

*Perdona la demora en escribirte, debes saber que la vida en la comunidad no es fácil. Por la madrugada, luego de la meditación, nos vamos al huerto a recolectar los frutos que comeremos en el día, sembrando una semilla por cada fruto arrancado. Luego nos ponemos a leer las Escrituras y a analizar lo leído, en lo cual consumimos varias horas. Al caer la tarde, los maestros nos inician en los secretos de la sabiduría esenia; te caerías de espaldas si supieras las cosas extraordinarias que he aprendido. Todo es posible con la fuerza de la fe y el amor.*

*¿Cómo están mi pobre madre y mis hermanos? No tengo que preguntarte si los frecuentas, pues te conozco bastante bien. Dámeles un beso tierno de parte de este hijo que ha cerrado ojos y oídos al clamor familiar, para poder abrir el corazón a todos los seres de la tierra.*

*¿Y los tuyos, cómo están? ¿Conservan tus padres esa salud de roca que les conocí? Eso espero, para alegría tuya y de tus hermanos. Ojalá el Señor retrase indefinidamente para ustedes el dolor que yo sentí al perder a mi padre.*

*Judas, en este proyecto que he venido elaborando por años, tu juegas un papel importante, no puedes fallarme. No te corrompas, se justo, practica el amor al prójimo, anda siempre por el camino recto, para que cuando llegue la hora, no me avergüence de ser tu amigo y de tenerte a mi lado.*

*Que la paz espiritual te acompañe siempre.*

*Tu hermano*

*Jesús.*

*De esa manera volví a saber de Jesús y era raro que pasaran tres meses sin que recibiera aunque fuera una nota breve, poniéndome al día de sus progresos y de sus ideas. Con el tiempo, llegué a esperar con ansias su regreso, para*

poner manos a la obra y encontrarme con un destino que estaba indefectiblemente ligado al suyo.

Mientras, me decidí por el oficio de mi padre. Simón Iscariote no pudo ocultar su orgullo al saber mi decisión. Comencé a viajar con él por toda Judea y Galilea, aunque nunca nos acercamos al Mar Muerto; nunca siquiera lo intenté.

A nosotros nos fue bien, yo aprendí muchas cosas, aprendí a negociar, a tratar con gente de distinta ralea y, sobre todo, a manejar el dinero. La familia prosperó y llegó el momento en que decidí formar la mía propia, entonces conocí a Rahamim, en una tarde fría, de otoño.

Nos conocimos en casa de María, pues Rahamim era amiga de Ruth y de Raquel, las hermanas de Jesús. Sus padres eran nazarenos, lo cual no dejaba de ser un inconveniente, dado el carácter de judeo radical de mi padre. Pero tanto él como mi madre sucumbieron ante la dulzura de Rahamim. Nos casamos y nos mudamos en una pequeña casa, cerca de la de mis padres. A los cinco años ya habían nacido nuestros tres hijos.

Mi vida continuó sin la más ligera variación en la rutina de viajes y negocios por toda la superficie que el Señor había dado al pueblo hebreo en heredad. Mientras tanto, la situación del país se hacía más y más insegura.

La pesada carga de los impuestos imperiales, sumada a la de los impuestos herodianos internos hacía insoportable la vida en el territorio ocupado. La actitud servil de las autoridades judías ante el gobernador romano, el relajamiento de las tradiciones, la paganización de las costumbres, la corrupción de los funcionarios, todo estaba minando la moral del pueblo hebreo. Cada vez que iba a visitar al viejo Simón Iscariote y conversábamos sobre el tema, solo le oía decir "¡Que falta hace David!" Yo me apresuraba a hacerle callar, pues el nombre de David estaba proscrito, como